

EL FUTURO DE LA PANDEMIA

A dos años de pandemia el futuro, aún incierto, se ha hecho menos sombrío. La disponibilidad de vacunas y de medios terapéuticos de alta efectividad aminoran los temores. La posibilidad del surgimiento de variantes más agresivas y la ignorancia acerca de la etiopatogenia del Covid-19 mantienen a los expertos en alerta. No obstante, dos características de la contemporaneidad destacan como las determinantes del camino que nos espera: la inequidad y el individualismo.

Resulta claro ya que la falta de recursos económicos, bien sea considerada a un nivel individual, grupal, nacional o regional, será un factor determinante de la persistencia del Covid-19 en el planeta. Aunque las enfermedades y los agentes patógenos no conocen de raza, religión ni status socioeconómico, y el virus tampoco, en el caso del Covid-19, al ser un proceso masivo de muy rápida propagación, se hace notoria una mayor morbilidad, y sobre todo mortalidad, en los estratos poblacionales de menores recursos. Pero los recursos disponibles para atacarlo tampoco se distribuyen de forma equitativa.

No solamente se ha determinado que en los estratos de menores ingresos tanto los índices de morbilidad como los de mortalidad son mayores; la disponibilidad de vacunas y de tratamientos efectivos se encuentra limitada por las condiciones locales y la voluntad o conveniencia de facilitar, o de recibir, las vacunas por parte de los países que las producen, o las requieren, están orientadas por y dependen de factores geopolíticos. Tal es la motivación existente en los suministros y donaciones de vacunas producidas en China y en Rusia a países que las requieren, al igual que sucede con las de los Estados Unidos y la Unión Europea.

Por su parte, los esfuerzos concertados por parte de la comunidad internacional no han sido fácil de implementar. Tal es el caso de la iniciativa COVAX, adelantada por la Organización Mundial de la Salud en conjunto con agrupaciones de innovadores de vacunas y organizaciones filantrópicas para facilitar la distribución y el acceso a vacunas en países necesitados.

Mientras no se logre controlar la tasa de contagio a todo lo largo y ancho del planeta no será posible dar al traste con

el carácter pandémico del Covid-19. Cabe preguntarse si tal cosa será posible, visto el segundo determinante arriba indicado. Es evidente que mientras exista entre nosotros quienes piensen que su libertad, individual o colectiva, es coartada por medidas que están dirigidas a la protección de toda la ciudadanía, resultará muy cuesta arriba vencer al virus. Es altamente preocupante ver las manifestaciones en contra de las medidas que son consideradas como coacción y que tienen lugar en países desarrollados con elevados niveles educativos.

Numerosas teorías, unas más estafalarias que otras, tratan de invocar argumentos a todas luces falsos e irracionales, y enfatizan la prevalencia de las decisiones individuales ante la consideración del bien común y de las necesidades reales de la sociedad. Algunos medios de comunicación las propalan e amplifican. Como resultado surgen manifestaciones donde la masa reclama por el libre albedrío, en contra del mandato gubernamental, así sea este en beneficio de la comunidad.

No solamente hay grupos antivacuna; hay los que rechazan el uso de máscaras y otras medidas de protección. Aunque ante sus ojos se evidencie que la falta de protección lleva a brotes de infección y que la vacunación reduce en forma drástica y maravillosa las hospitalizaciones y defunciones por Covid-19, la consideración egoísta de que somos libres de escoger nuestro destino, así sea en perjuicio de los demás, hace que sea mucho más dificultoso tratar de terminar con este azote de la humanidad.

Afortunadamente, la historia nos enseña que toda pandemia tiene su fin. Serán muchos los muertos, pero la pandemia desaparecerá. Es obvio, sin embargo, que pudiesen evitarse millones de muertes si una acción coherente y racional basada en el conocimiento que aporta la ciencia y la intención de ayudar al prójimo dictara las orientaciones tanto de las comunidades que requieren de ayuda como de las sociedades dominantes.

MIGUEL LAUFER
Director, *Interciencia*